

LA MATANZA DEL CHINO

Cuando yo era niño, y de esto hace más de cincuenta años, la mayoría de familias de este pueblo criaban y engordaban –por lo menos lo intentaban– un chino o cerdo, como suelen llamar, con el fin de nutrirse y llenar buenos charrones de esta carne tan apreciada. Eran las reservas que en invierno hacían las familias que, como las hormiguitas hacen, llenaban en lo posible el granero para que meses después pudiesen llenar la tripa.



Esto que hoy quiero contar fue una de las muchas anécdotas que ocurrieron en torno a la matanza del cerdo.

Sucedió que una familia, como cada año, compró su pequeño cerdito, con el afán de engordarlo como cada año sucedía. Pasaba el tiempo y, a pesar de los cuidados que recibía, no había forma de que engordara. No obstante, los dueños seguían manteniéndolo con la esperanza de que en cualquier momento empezaría a crecer. Pero los meses fueron pasando y el chino, aun comiendo, no se desarrollaba como en ocasiones anteriores.

Entregado a la evidencia, un día el marido le dice a su esposa:

- *Mujer, este chino no crece ni así que las reses tres rosarios seguidicos a San Antón.*

La esposa, algo molesta, le contestó:

- *Si no end'ai pa llenar el charrón, llenaremos una fiambarrera, pero el chino sen'ha de matar pa San Antón, como tos los que endamos criau hasta ahora.*

Y así quedó la cosa.

Se acercaba el momento y el chino seguía como el primer mes. En el pueblo ya se rumoreaba



que la matanza había empezau. Y el comentario entre el vecindario era todos los años el mismo: *“Dicen que fulano ha matau uno de tantas arrobas”, “que si mengano le ha superau”*. Así se fue extendiendo por todo el pueblo. Cuando llegó la noticia a esta familia, parece ser que les daba una mejica de reparo decir que ellos este año también tenían cerdo pa matar.

Pero una de las dos hijas que tenían era graciosa para exagerar las cosas. Un día, camino de su trabajo, escuchó que una

vecina comentaba con otra lo de las matanzas, comentando que en casa de fulanico han matau un chino de doce arrobas. Esta joven se para un momento y les arrea:

- *“En casa tenemos uno este año que no puede salir por la puerta y tendremos que estrozar la porquera pa sacarlo cuando venga el matarife”*.

Como esto lo comentaba en el trabajo, la noticia se divulgó más de lo deseado. Y llegó el día de la matanza. Si ya de por sí el hecho del sacrificio de estos animales, que normalmente se efectuaba en plena calle, atraía muchas personas, particularmente chiquillos, ese día la existencia de público fue superior.

Al romper el día, el dueño tenía preparadas las enchilagas, para tal acto. Sobre las nueve llegó el matarife con la mesa a la espalda y la barza con las herramientas necesarias.

Cuando los dueños vieron tanta expectación, sintieron reparo de sacar el pequeño cerdito. Entonces, pensaron una estrategia para espantar a los novicheros que esperaban impacientes, alrededor de la mesa y frente al umbral de la puerta.

Grande fue la sorpresa de todos ellos cuando dueño y carnicero aparecieron llevando las riendas a un pobre burro viejo y flaco.

Al momento desaparecieron todos los allí presentes, soltando alguna charrá de mal gusto, ante las risas de toda la familia y, por supuesto, del carnicero.

Momentos después, sacrificaron el enano cerdo, sin ningún novichero.

José Marín Tortosa

